

LIBRO SEGUNDO

Desde el extrañamiento de la Compañía de España por Carlos III hasta la abolición de la misma por Clemente XIV.

1767 — 1773

Desde el momento en que sorprendido el rey fulminó el rayo de su cólera contra los jesuitas sus vasallos, y la tribulación comenzó á cebarse en los hijos de San Ignacio, comenzaron á su vez estos á experimentar que el P. José Pignatelli era toda su providencia, su amparo y su consuelo. Por de pronto solamente los jesuitas aragoneses gozaron de tal dicha, porque solo á estos pudo extenderse la caridad del P. José.

Errantes por mar y tierra, rechazados de donde sentaban el pie, hechos el juguete de unos tiranuelos sin humanidad y sin conciencia, padecían en silencio y resignados los jesuitas súbditos de Carlos III toda clase de vejaciones. El P. Pignatelli provee de sustento y de habitacion á sus hermanos, organiza los estudios en San Bonifacio y en Ferrara, enfervoriza el espíritu con la fuerza irresistible de sus ejemplos, hace frente á los poderosos que tratan de oprimirlos, y vela por sus afligidos compañeros, cual si á solo él incumbiera el deber de protegerlos y ampararlos.

No le abate la furiosa tempestad que ruge sobre su cabeza: y si bien oprime su corazon el ver que las potestades de la tie-

rra están conjuradas para aniquilar á su querida madre la Compañía; fijos no obstante sus ojos y su corazon en lo alto, de donde únicamente espera el socorro, trabaja sin descanso en sostener á sus compañeros en la terrible persecucion que contra ellos se desencadena, y les infunde aliento para desafiar una muerte, dolorosa sí, pero que ha de ir seguida de una triunfante resurreccion.

CAPÍTULO I

Breves de Clemente XIII á Carlos III y al Padre confesor del Rey. — No se permite á los Padres desembarcar en los Estados del Papa. — Sobresalto que en ellos produce esta disposicion. — Salida de Civitavecchia. — Temores y zozobras. — Dirígense á Córcega. — Estado de la isla. — Llega la escuadra al puerto de Bastia. — Trabajos que pasan en este puerto. — Alivia tan triste situacion la caridad y diligencia del P. Pignatelli. — Afecto de los bastienses á los desterrados. — Fiesta masónica celebrada por la guarnicion francesa. — El conde de Fuentes se interesa por el bienestar de sus dos hermanos. — Nuevo asalto contra la vocacion de estos, y nueva victoria. — Salen de Bastia. — Fondean en Aiaccio y se acomodan en la ciudad. — Intrepidez del P. Pignatelli. — Edicto de Páoli á favor de los Padres. — Mándaseles salir de Aiaccio y pasar á San Bonifacio. — Tristes recuerdos de la corta estancia en Aiaccio.

1767

Para mejor inteligencia de los sucesos que vamos á referir, bueno será recordar que en 31 de Marzo de este mismo año de 1767 habia Carlos III comunicado al Papa su resolucion de extrañar á los Padres de la Compañía, y de enviárselos para que estuvieran bajo su «inmediata, santa y sabia direccion.» El Soberano Pontífice, poseído de una congoja extraordinaria, respondió en 16 de Abril con el Breve *Inter acerbissima*, en que le decía: «¡Tú tambien, hijo mío, tú, rey católico, habías de ser el que llenara el cáliz de nuestras amarguras, y empujara al

sepulcro nuestra desdichada vejez entre luto y lágrimas! ¿Ha de ser el religiosísimo y piadosísimo rey de España quien preste el apoyo de su brazo para la destrucción de una orden tan útil y tan amada por la Iglesia, de una orden que debe su origen y su esplendor á aquellos santos héroes españoles, que Dios escogió para que dilatasen por el mundo su mayor gloria? ¿De esa manera quieres privar á tu reino de tantos socorros, misiones, catequesis, ejercicios espirituales, administracion de Sacramentos, educacion de la juventud en la piedad y en las letras? Y lo que más nos oprime y angustia es el ver á un monarca de tan recta conciencia, que no permitiría que el menor de sus vasallos sufriese agravio alguno, condenar á total expulsion á una entera congregacion de religiosos, sin juzgarlos ántes conforme á las leyes..... Si culpables había, ¿por qué no se los castigó, sin tocar á los inocentes?» Y seguidamente protesta «ante Dios y los hombres,» que la Compañía de Jesús era inocente de todo crimen; y no solo inocente, sino santa en su objeto, en sus leyes y en sus máximas.

Á esta hermosa efusion del alma de Clemente XIII, respondió el Extraordinario en su consulta del 30 de Abril con una miserable repetición de todos los cargos acumulados contra la Compañía en los infinitos libelos que mordiéndola corrían por el mundo: y á tenor de la consulta contestó Carlos III de su puño en 2 de Mayo con frases corteses y que mostraban mucho pesar, pero ningun arrepentimiento.

Al ver el Sumo Pontífice lo inútil de su recurso directo al rey, tentó otro camino, que fue dirigirse al Padre confesor por medio de un Breve, en que le decía estas palabras: «¿Qué súbita é imprevista mudanza es esta, que entre vosotros se ha obrado? ¿En un instante la Compañía de Jesús ha decaído de la observancia de su santo instituto tan completamente, que nuestro caro hijo en Jesucristo, el católico rey Carlos III, ha podido creerse autorizado para extrañar de todos sus dominios á los clérigos regulares de esta Compañía! Esto es para nosotros un misterio inexplicable. No ha transcurrido un año todavía desde

que las cartas remitidas por los obispos españoles templaban el vivo dolor que nos había causado la supresion de estos religiosos en Francia: en ellas nos decían que los Padres de la Compañía de Jesús daban en vuestros pueblos ejemplo de todas las virtudes, y que los obispos y sus Iglesias recibían poderosos auxilios de sus piadosos y útiles trabajos. Y de súbito nos llegan tan infaustas noticias, segun las cuales debiéramos creer que todos ó casi todos esos religiosos han perpetrado algun delito, puesto que un rey tan amante de la equidad se ha creído forzado á enrudecerse con un rigor inaudito contra los individuos que profesaban este instituto.»

«Esto os escribimos, amado hijo, para que lo pongáis en conocimiento del príncipe, que os ha escogido por guía, no solamente en nombre nuestro, sino tambien en virtud de las obligaciones que os impone vuestro cargo y de la autoridad que con su persona os da vuestro oficio. Por lo que á Nós toca, no rehusamos aplicar los medios de la más rigurosa justicia contra todos los miembros de la Compañía de Jesús, que hubiesen incurrido en la justa indignacion del rey; prontos estamos, de acuerdo con el rey católico, á emplear todas nuestras fuerzas para destruir y arrancar hasta las raíces las malezas y espinas que pudieran haber brotado y crecido en un campo ántes tan limpio y tan fecundo. Obligacion es de vuestro sagrado ministerio considerar estremecido á los pies de Jesucristo, y hacer que considere el rey, las incalculables pérdidas que la religion tendrá que deplorar, mayormente en los países de infieles, en donde el extrañamiento de los misioneros deja privadas de pastores á tantas florecientes cristiandades.....» ¿Qué efecto produjo este Breve en el confesor y en su regio penitente? Sábelo Dios: lo cierto es, que á juzgar por los resultados, el uno de los dos debió de desatender las saludables amonestaciones del Vicario de Jesucristo¹.

¹ CARAYON, *Documents inédits concernant la Comp. de Jésus*, Tomo XV, pág. LXXIV.

Todos los esfuerzos del Papa fueron inútiles. Entonces fue cuando se negó á recibir en sus dominios á los jesuitas extrañados de España; porque, como dice Crétineau Joly, no podía ni debía recibir y mantener en un territorio tan pequeño como el del Estado Pontificio á ocho mil extranjeros, sin más recursos que una levisima pensión, revocable además para toda la Compañía desde el momento en que á cualquiera de los expulsos se le ocurriese escribir contra la pragmática. En vista de esta resolución del Pontífice, el cardenal Torrigiani, secretario de Estado, mandó asestar los cañones de Civitavechia contra los buques españoles, que conducían á los Padres.

Ardían estos en vivísimas ansias de salir de sus incómodas prisiones, y pisar la tierra tan suspirada; mas el que pensaban ellos ser fin de sus marítimas aventuras y de su andar errantes de un puerto á otro, no fue sino el principio de otras correrías y trabajos mucho más sensibles que los pasados. Cuando pensaban recibir orden de saltar en tierra, advirtieron con gran sorpresa que se les cerraban las puertas todas de la ciudad, á excepción de una, en la cual se agrupaban soldados de todas armas, y en todas partes se reforzaban las guardias; y lo que les causó aún mayor zozobra y espanto, fue advertir que los cañones de los cercanos terraplenes y baluartes se apuntaron á las embarcaciones, que acababan de fondear en el puerto y que los conducían á ellos. La impresion que tal aparato de guerra y actitud tan hostil produjo en el ánimo de los desterrados, más es para pensada, que para descrita. Las idas y venidas de agentes de la autoridad, las consultas secretas con el capitán Barceló, cierto aire de misterio que á ellas se daba, tenían en suspension á los aragoneses, y les hacían presentir nuevas calamidades, tanto más dolorosas cuanto más imprevistas.

Del efecto que produjo en los Padres castellanos la nueva de que no se les permitía desembarcar, escribe el P. Luengo¹ lo que sigue: «Mucho más que si estas palabras del capitán hu-

¹ *Diario*, Tomo 1.º, págs. 158-160.

bieran sido un horrible y espantoso trueno acompañado de muchos rayos y centellas, quedaron al oírlas todos generalmente confusos, atónitos y pálidos, cubiertos de luto y de tristeza: y causó entre nosotros esta tristísima nueva una conmiseracion, una congoja y desconsuelo tan grande y tan general, cual no la había visto nunca en los trabajos y desgracias pasadas.»

«Después de dos meses y medio de continua inquietud y sobresalto, y después de una navegacion, aunque no larga, llena de incomodidades y miserias, nos mirábamos en el término de todas nuestras desdichas, estábamos en el puerto mismo, prontos á poner el pie en tierra, y no deseábamos otra cosa que salir del mar y del poder de España, establecernos en Italia como pudiésemos, y pasar una vida tranquila y sosegada al abrigo y proteccion de la Santa Sede mientras el cielo no mejorase las horas. Con estos pensamientos estábamos rebosando gozo y alegría, no pensábamos en otra cosa que en prepararnos para salir á tierra, y algunos tenían ya liada su cama y dipuestos sus ajuarillos. Y en este momento y en esta disposicion de ánimo se nos intima resuelta y absolutamente que el Papa no nos quiere en sus estados.....»

Á la cosa en sí misma terrible añadían algunos nueva odiosidad y terror con sus tristes y funestas reflexiones. «Que los Príncipes y cortes,» decían muchos, «nos persigan, nos destierran y nos cubran de oprobio, se puede llevar todo en paciencia y alegría, viéndonos protegidos y amparados del Sumo Pontífice. Pero que el Papa mismo, que el Vicario de Jesucristo también muestre poco aprecio y desestima de nosotros, nos desampare y abandone, es una cosa terribilísima y más sensible de lo que se puede explicar con palabras. Otros ponderaban con mucha vehemencia los trabajos y miserias de esta vida de mar, que cada día serán forzosamente mayores. Algunos se confundían viendo la incertidumbre de nuestra suerte. ¿Qué vendrá á ser de nosotros? clamaban estos. ¿En dónde vendremos á parar y qué harán al cabo de nosotros? Y por desgracia no dejó de haber algun otro, que se explicó en tales términos, como que

se podía temer que nos arrojasen una noche en una playa desierta, nos degollasen á todos, ó tuviésemos otro fin lamentable. En este doloroso tumulto y en medio de ser la turbacion tan grande, todos con cristiana resignacion y humildad bajaban su cabeza y sujetaban su cuello á los decretos y voluntad del Señor, veneraban profundamente sus soberanos juicios y besaban humildemente la mano que tan en lo vivo nos hiere.»

Y esto es tan verdad, que en 28 de Junio de este año escribió desde San Ildefonso el Sr. Roda: «Aplauden la resolucion del Papa de no admitirlos, y sufren estos trabajos como un martirio por el bien de la Iglesia perseguida. Los aragoneses son los más fanáticos, y todos desean perder la vida por la Compañía¹.» Nadie ignora lo que en boca de los filósofos significa la palabra fanatismo. ¿Y á quién debían su mayor fanatismo los aragoneses sino á los ejemplos y palabras del P. José Pignatelli?

Ya que no pudieron saltar en tierra, lograron los aragoneses que un jóven marinero llevase al P. General y á otros Padres de Roma un paquete de cartas que para ellos le entregaron. No había aún vuelto á bordo el jovencito, cuando ántes de amanecer del día 18 de Mayo, quinto de la llegada á Civitavechia, la llama de una tea, que ardía á bordo de la capitana, dió la señal de levar anclas y zarpar del puerto, como efectivamente lo ejecutó la escuadra toda. Ignoraban los desterrados que la causa de haberseles prohibido desembarcar, era la justa indignacion del Papa por los insultantes procedimientos de la corte de España, que parecía querer convertir los Estados Pontificios en cárcel de inocentes religiosos; ignoraban el contenido de un pliego del embajador de España en Roma, D. Tomás Aizpuru, en que indicaba á Barceló el punto adonde debía ir á desembarcar á los desterrados; ignoraban finalmente lo que con ellos iba á hacerse: y todo esto que veían de presente, el recuerdo de lo pasado, y el temor de lo porvenir, los tenía oprimidos de la más cruel angustia y congoja.

¹ CRÉTINEAU JOLY, *Clemente XIV y los Jesuitas*, Cap. III.

Para su mayor martirio y para dar campo entero á su imaginacion para temer todo lo peor, no solo se les ocultó entonces á dónde los llevaban, sino que además, sin querer, supieron que todos los patrones de los barcos llevaban un pliego cerrado, que solo debía abrirse en caso de que el convoy por alguna tempestad se separase, para que en tal caso supieran á dónde acudir. ¡Cuán funestas cosas no pasaron entonces por la imaginacion de los pobres jesuitas! y más, habiendo notado el silencio del comandante Barceló y cuán sumamente melancólico le había dejado la última posta de Roma. «Yo tuve por cierto,» dice uno de los Padres¹, «que de noche nos echarían en alguna playa desierta de la Italia: y este mi ofrecimiento fue tortas y pan pintado respecto del que otros tuvieron: pues observando que los marineros recogian con cautela y disimulo y ponían á mano espadas, sables, escopetas y otras armas de fuego, entraron en vehementes temores de que todos los patrones tenían orden de barrenar en alta mar las embarcaciones para echarnos á todos á fondo.....»

La creencia de que les iban á abandonar en alguna playa desierta cundió aun entre algunos de los que eran tenidos por hombres cuerdos. Fundábase su opinion en los rumbos y contrarrumbos que tomaba el comandante, deshaciendo con unos lo que con los otros había adelantado, y rodeando varias veces algunas islas desiertas, especialmente la de Monte Cristo, que todo un día entero la estuvo doblando muy de cerca; y confesaban los patrones que no entendian aquellos rumbos y contrarrumbos. Esto, junto con la voz que corría entre la tripulacion de haber oído que el comandante, acabado de leer el pliego del ministro de Roma, había dicho: «De esta habrá santos,» era más que bastante para que aun los menos tímidos y más cuerdos jesuitas viviesen entre mortales sustos y congojas, y entregados á los más funestos discursos de su viva imaginacion.

En prueba de cuán agitada traían esta facultad, óigase un

¹ P. OLCINA, *Relacion festiva*, etc., Parte primera, págs. 118-119.